

RESEÑA

Había una vez un principito

Creación y dirección musical: Miguel Ángel Castro Reveco.

Adaptación, narración y arte: Claudia Castora Música. Orquesta Sinfónica Juvenil de Pudahuel. 2021.

Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=tAlw2V1A1UY>



Cuando estaba en séptimo básico, la profesora del entonces “ramo de castellano” nos dio como lectura obligatoria *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry. Recuerdo perfecto la alegría de algunas compañeras, a quienes no les gustaba mucho leer, al ver que se trataba de un libro más bien breve y que además traía dibujos. En esto último yo las acompañaba en la alegría; se piensa que los dibujos e ilustración le restan seriedad a los libros en la medida en que estos se enfocan en un público adulto, debe ser porque quienes están a cargo de tomar ese tipo de decisiones son los mismos que ven sombreros en lugar de boas tragándose a un elefante.

La historia de aquel niño viajero lleno de preguntas me cautivó completamente. Pero toda la belleza que cargaba en mi alma luego de haber leído ese maravilloso libro fue despojada de golpe por un *control* de lectura donde se me preguntaban cosas que, hasta el día de hoy, a más de 30 años de eso, no he podido olvidar: ¿Cuál era el número del asteroide en que viajaba El principito? ¿Cuántos planetas recorrió? ¿Quién habitaba el tercer planeta?

Números, que en sí son hermosos, pero que cuando son utilizados simplemente para un control, dejan de ser música y se convierten en cifras.

El principito es una obra de arte universal que no tiene tiempo, que no se acaba al terminar el libro. Podemos leerla mil veces y siempre habrá algo distinto; podemos leerla en cualquier tiempo y siempre nos parecerá *nuestro tiempo*. Es lo que precisamente me sucedió al ver y escuchar *Había una vez un principito*, adaptación para la narración oral con música, producto del trabajo creativo y de la dirección orquestal del actual director artístico de la Orquesta Juvenil de Pudahuel, Miguel Ángel Castro, junto con la narración oral de Claudia Castora.

En esta propuesta asistimos a la transdisciplina de un género particular que no podríamos encasillar en ópera, cuentacuentos o simplemente música sinfónica. *Había una vez un principito* es, de alguna manera, esa búsqueda por lo sensorial, donde vista y oído se funden sin necesidad de imponerse uno sobre otro.

Ya en 1926, Gabriela Mistral hizo un llamado de atención sobre la hegemonía de la visualidad en lo que se podría llamar una educación estética, en una publicación de *El Mercurio*, donde analizó, nada más y nada menos, que a los animales que representan nuestro escudo nacional:

El cóndor significa el dominio de una raza fuerte; enseña el orgullo justo del fuerte [...] hay tanta águila, tanto milano en divisas de guerra, que ya dice poco, a fuerza de repetición, el pico ganchudo y la garra metálica. Me quedo con ese ciervo, que, para ser más original, ni siquiera tiene la arboladura córnea [...] Lo defiende la finura de sus sentidos: el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo. Él, como los ciervos, se salva a menudo sin combate, con la inteligencia, que se le vuelve un poder inefable. [...] No importa la extinción de la fina bestia en tal zona geográfica; lo que importa es que el orden de la gacela haya existido y siga existiendo en la gente chilena*. (p.5)

Este montaje nos invita, en poco más de cuarenta minutos, a un viaje por la infancia. Infancia de un aviador, infancia de un pequeño príncipe, infancia nuestra que se hace presente y se pregunta tantas cosas.

La obra se divide en lo que podríamos llamar “siete capítulos”, lo que da enormes posibilidades de uso educativo de este material, ya que puede ser visto y escuchado tanto de manera completa como por fragmentos.

La música fue compuesta por Miguel Ángel Castro, favoreciendo el ensamble sensorial del que hablamos, donde la música no está “acompañando” un relato, sino que es parte constitutiva del mismo. Es otra voz que dialoga,

* “Menos cóndor y más huemul”. *El Mercurio*, 11 de julio de 1926. Página cinco. Rollo MS164d. Biblioteca Nacional.

enfatisa y devela. En palabras del compositor: “No es sólo centrarse en la experimentación de técnicas musicales, es una composición destinada al diálogo con una audiencia para resignificar una historia en un contexto”. Hablamos entonces de un trabajo bastante político, en cuanto el foco siempre está puesto en lo público y en lo colaborativo, impronta de la orquesta y su director, quienes desde 2003 contribuyen a la formación artístico musical de la comuna, trabajando con alrededor de setenta niños y niñas desde los ocho años de edad.

La emocionante interpretación de la Orquesta Juvenil de Pudahuel se hace presente en un formato multicámara, donde podemos ver y escuchar simultáneamente a cada integrante, niños y niñas que desde los rincones más diversos de su cotidianidad hogareña trabajaron por más de cuatro meses, logrando superar las extraordinarias dificultades que implica la creación artística —sobre todo musical—, sin presencialidad y con toda la problemática técnica que esto puede conllevar. Otro plus para el proyecto es que, además de fomentar la lectura y la valoración por la música, demuestra la importancia del rigor y el sentido colectivo en toda creación artística aún cuando las condiciones de realización no son las óptimas, ni las que fueron pensadas al planificar este proyecto, cuando la situación de pandemia por COVID-19 no era parte de nuestra vida cotidiana.

Ahondemos un poco en estas siete partes que componen la obra. En términos estéticos-visuales, la narración oral se presenta con diversas técnicas plásticas, lo que enriquece enormemente la puesta en escena. Podemos encontrar técnicas tan ricas y variadas como los libros *pop-up*, el cuento cordel, el teatro Kamishibai, cubo infinito e incluso narración desde arpilleras.

En lo musical el trabajo sigue la línea de la orquesta, en cuanto a la decisión de generar una composición en la búsqueda de abrir un cuestionamiento al repertorio habitual de orquestas juveniles, en función de las definiciones dinámicas de los conceptos de cultura y patrimonio. En palabras de su director, el enfoque del trabajo musical es “generar repertorio que atienda a tres ejes fundamentales: entretenimiento, enfoque valórico y fomento de la lectura desde una mirada patrimonial y cultural”.

Lo que escuchamos en *Había una vez un principito* es el resultado de un laboratorio de música contemporánea, ligado y conectado con una audiencia que va desde la niñez hasta la vejez, ambos extremos de la vida, que visto desde la mirada de este principito, son prácticamente lo mismo, momentos de lucidez en que nos volvemos capaces de ver boas y no sólo sombreros.

Desde lo anterior, el público al que pudiese estar dirigida la obra es bastante amplio en general, pero su foco específico son niños y niñas donde exista la intención de incentivar la lectura. Ahora, si volvemos a su potencial de fragmentos, es atractiva incluso para aquellos que aún no aprenden a leer. El modo colaborativo en que se abordó la narración oral y la música, hacen

de este valioso trabajo un material inclusivo, donde una persona ciega puede experimentar y disfrutar la obra como lo hacemos quienes podemos ver. Vuelve el ciervo de Gabriela Mistral a cruzarse en nuestro camino.

Finalmente, comentamos que el resultado de este proyecto ha impulsado a este mismo equipo, a trabajar en una nueva creación centrada en mitos y leyendas de Chile: *Relatos de nuestros pueblos en arpillera*, proyecto al que sin duda estaremos muy atentos y atentas.

Lorena Herrera Phillips
lorenaherrera@u.uchile.cl

